

UN RELATO DEL
CONTINENTE

RAZAS, ACERO
Y SOMBRAS

"TODOS LOS PROFETAS
ARMADOS HAN TRIUNFADO;
TODOS LOS DESARMADOS
HAN PERECIDO"

NICCOLO MACHIVELLI



EL EJÉRCITO
DE LOS
LIBRES

BEN VAN AMMERS

Rex-Drebanin, año 1326 del Calendario Continental. El regimiento de Róthgert Dashtalian, Gran Mariscal de Rex-Drebanin, parte hacia los territorios de Shoala para combatir a una banda de salteadores que aterroriza la región. Su número no deja de incrementarse y cada aldea asaltada suma decenas de nuevos miembros a lo que algunos empiezan a referirse como el Ejército de los Libres. Los rumores también hablan de su líder, un hombre misterioso que se hace llamar el Cónsul de la Espesura. Para darles caza, Róthgert y su compañía, los famosos Ocho más Uno, deberán internarse en el inmenso Bosque de Houm, donde no tardarán en constatar que los hombres a los que habrán de enfrentarse no son simples bandidos; y también que hay algo más que se oculta en la floresta. El ejército de los libres se desarrolla 36 años antes de los hechos que se narran en «Razas, acero y sombras 1: Presagios y grietas». Es un relato-precuela independiente y no está vinculado de un modo directo a la trama de la saga, aunque ambos comparten algunos personajes.

Índice de contenido

Cubierta

El ejército de los libres

Mapa

1. La opción más lógica

2. Los Ocho más Uno

3. El Cónsul de la Espesura

4. Gritos en la oscuridad

5. Cuentos de viejas

6. Licencias de veterano

7. Depredadores y presas

8. Fuego, agua, viento

9. El avatar de Ella

10. La misma sobrevesta

11. Un muro de embustes

12. La cólera y la venganza

13. Bligado ribles

Anexo I. Personajes y facciones

Anexo II. El imperio, su división territorial, sus jerarquías y sus sistemas de gobierno

Anexo III. Capítulo de muestra de «Presagios y grietas»

La opción más lógica

Helei ahogó un bostezo con la mano y se desperezó antes de levantarse. Ya había anochecido y la brisa se colaba por el ventanal entreabierto para acariciar con delicadeza su piel.

El suelo de piedra estaba frío y limpio; la habitación era una de las mejores del establecimiento y la barrían a diario. Sobre el pequeño tocador que enfrentaba el catre brillaban un balde de cobre, una pastilla de jabón muy bien pulida e incluso un frasquito con esencia de violetas casi lleno. La prostituta se situó frente al espejo, estiró de nuevo los brazos y contempló con satisfacción el reflejo de su cuerpo desnudo. Después humedeció un paño en la jofaina y se frotó suavemente el cuello, los senos y las ingles. Tras cerciorarse de que su cabello tenía el aspecto adecuado, empezó a vestirse.

Búllard había caído fulminado a mitad del tercer envite y no despertaría hasta bien entrado el mediodía siguiente. Helei sonrió divertida cuando el albañil dio una vuelta en el catre y emitió un ronquido porcino; nunca se hubiera ido con alguien como él cuando era más joven.

Desde que vendió su cuerpo por primera vez, sus clientes siempre habían sido hombres de posibles y en Vardanire, al igual que en cualquier otra ciudad importante, se dividían en dos clases bien diferenciadas.

Por un lado estaban los «bolsillos dorados», ricos de cuna tan acostumbrados al fasto y los excesos que eran inca-

paces de saborearlos. En las familias de raíces adineradas solo los más jóvenes mostraban indicios de pasión por algo que no fuese acumular monedas y reconocimiento social. Y esa pasión surgía de la curiosidad, más que del deseo.

La otra variante agrupaba a los que habían cambiado esfuerzo por dinero y Relf Búllard, el individuo que roncaba sobre la cama, era un arquetipo excelente; un hombre hecho a sí mismo, de espaldas anchas, manos encallecidas y apetito insaciable. Bien fuese de un modo lícito o mediante la delincuencia, todo aquel que se había enriquecido por sus propios medios valoraba mucho más el sabor de un licor caro, la comodidad de vivir y vestir bien, el brío de un buen caballo o la belleza de una mujer.

Las citas con los «bolsillos dorados» se habían convertido en trámites anodinos repletos de conversaciones tediosas. La mayoría necesitaban primero evidenciar su privilegiada posición, justificar sus caprichos o tamizar carencias alarmantes. En cambio, los hombres como Relf se excitaban enseguida y algunos incluso ponían especial celo en satisfacerla. El ímpetu con el que los dedos del albañil la tocaban y su gruesa verga la penetraba la hacía sentirse una reina.

La prostituta deslizó la diadema de plata sobre su frente, se ajustó el escote delante del espejo y sonrió de nuevo al reparar en el tono sonrosado de sus mejillas. Antes de abandonar la estancia echó un último vistazo al catre y dejó escapar una risita al constatar cómo la excitaba aquella espalda velluda y musculosa.

Mientras bajaba los escalones, los todavía audibles ronquidos trajeron a su mente recuerdos de todo tipo. El paso de los años había ido diluyendo sus ilusiones al tiempo que el dinero iba cobrando una relevancia mayor. Ahora que había logrado lo más parecido a la estabilidad en su oficio, despertaban en ella necesidades que llevaban mucho dormidas. Y tenía muy claro que tras honores y castas no había más salvaguardia que las monedas.

Las monedas siempre eran las mismas, vinieran de quien viniesen.

De repente sintió una pequeña presión en el pecho y se detuvo a mitad de la escalera. Una vez más, como siempre que abordaba ese tipo de reflexiones, estaba pensando en Roth. Trató de pensar en otra cosa pero no lo consiguió hasta que llegó al recibidor y el vozarrón de Brieger acudió en su auxilio.

—¿Nos marchamos, patrona?

Estaba junto a la puerta, erguido en toda su estatura; parecía cansado y tamborileaba con los dedos sobre la empuñadura de la espada.

—Se ha quedado dormido y no va a echarme en falta —respondió—. Hemos terminado por hoy.

Brieger sonrió y le abrió la puerta mientras reprimía un bostezo con la otra mano. Al pasar por su lado Helei le dio un cariñoso pellizco en el antebrazo. Ya hacía mucho que dejó de ser un simple guardaespaldas para convertirse en un miembro más de su pequeña familia.

—¿Te marchas, Heleinna? —La vocecilla del posadero precedió a su cabeza ratonil, que se asomaba por la portezuela que había tras el mostrador—. ¿El señor no te acompaña?

—El señor no despertará hasta bien entrada la mañana, Fléridan. Yo misma vi cómo te pagaba antes de subir, así que espero que ni tú ni tus empleados lo importunéis.

—Oh, no se me ocurriría —repuso Fléridan con su sonrisa de roedor—. Ya sabes que todos tus clientes pasan de inmediato a engrosar mi lista preferencial. De hecho, dada la frecuencia con la que visitas mi establecimiento, quizá podría interesarte...

—Ahórratelo —le interrumpió Brieger—. Te he dicho que no de tantas formas que comprobar que ni aun así lo has entendido me pondría nervioso.

—¡Oh, no, no, no! Me ha quedado muy claro, Brieger. —Fléridan tragó saliva sin dejar de sonreír—. Pero quería

comentarlo con tu patrona. La perspectiva del empresario, ya sabes...

—Me hospedo en *El Yantar del Conquistador* desde hace doce años y ni contemplo abandonarlo —terció Helei sin dignarse a mirar al individuo—. En adelante te recomiendo que des por buena la palabra de Brieger en cuanto concierne a mi o a mis hijas. Lo conozco bien y sé que no le gusta ponerse nervioso.

Dicho esto, la prostituta y su guardaespaldas abandonaron el edificio y se encaminaron calle abajo, sin prestar atención a la retahíla de excusas que farfullaba el posadero.

La noche se preveía cerrada pero en los bulevares de amplias aceras que daban forma al Distrito de los Fieles abundaban los candiles y las patrullas. Se cruzaron con dos antes de salir de la barriada y cada uno de los soldados les dedicó un cortés saludo de buenas noches. Muchas damas de alta alcurnia transitaban la zona a esas horas para asistir a los rezos y nadie hubiera dicho que aquella y su acompañante no eran más que una furcia y un sacamantecas. Brieger conservaba el aire marcial que conferían diez años de servicio en la guardia del Consulado. Helei, por su parte, parecía una auténtica señora «bolsillos dorados», con la cuidada melena cobriza ondeando sobre su capa de seda y el vestido de tul y satén silueteando su talle.

Cuando atravesaron la arcada que daba paso al Distrito de los Artesanos, las pequeñas llamas empezaron a escasear, el panorama se oscureció y Brieger colocó una mano sobre la espada. Por lo general, su corpulencia y la espesa barba negra que cercaba sus facciones eran disuasión suficiente para cualquiera que pretendiese asaltarlos; aun así, Helei se sobresaltó cuando el guardaespaldas arqueó las cejas, tensó los músculos del cuello y le dio un suave empujoncito con el codo.

—No te detengas, patrona —susurró—. Alguien nos está siguiendo.

La prostituta giró la cabeza con disimulo y no vio más que la calle desierta. Se escuchaban pasos a lo lejos pero, quien quiera que fuese, no hacía lo más mínimo por amortiguarlos.

—Nadie nos sigue, Bri. Te estás volviendo un viejo asustadizo.

Brieger la tomó del brazo y con otro empujón leve hizo que se adelantase.

—Un hombre va tras nosotros desde que atravesamos la Plaza del Fontanar. Lleva espada, pude ver el brillo de la empuñadura cuando pasó bajo el último farol. Sigue caminando y no te des la vuelta hasta que lo haga yo.

—¿Un ladrón?

—Un ladrón loco, en todo caso —respondió Bri, sarcástico—. No, no lo creo; suelen ir en grupo y este va solo.

Helei se recolocó la diadema. Después se alisó con los dedos los pliegues de las mangas del vestido. Cuando comprobó que nada de aquello la tranquilizaba lo más mínimo siguió preguntando.

—¿Te has metido en problemas últimamente? ¿Deudas de juego? ¿Algún amante despechado?

—Llevo una buena racha con los dados y todo aquel que tenía algo en mi contra está muerto, o eso creo. —El guardaespaldas negaba con la cabeza—. Ese tipo no me está siguiendo a mí.

En cuanto reparó en que su jefa había empezado a temblar le pasó un brazo sobre el hombro.

—No hay cuidado, patrona. Será un esbirro de Laego Jomther o de Felizza Pechugas, que viene a incordiar con otra de sus ofertas.

—Ya sé que no hay cuidado. Te pago para que no lo haya y no soy ninguna cría.

Pese a lo airado de su respuesta Helei trató de disimular un suspiro de alivio.

Lo que decía Bri era lo más probable. Ella y sus hijas eran un caso muy especial entre las prostitutas de Vardani-

re; su belleza, sus habilidades y sus precios no estaban al alcance de cualquiera. Trabajar en un burdel no les resultaba ni por asomo rentable, pero la mayor parte de proxenetas de la ciudad estaban intentando reclutarlas constantemente. Aquella gentuza no parecía darse por vencida.

Años atrás, un par de ellos lo intentaron por la fuerza y terminaron sin negocio y sin cuello. Helei sabía perfectamente cómo debía gestionar sus elevados ingresos y, a diferencia de los gañanes que solían acompañar en sus salidas a las empleadas de prostíbulo, Brieger y sus chicos eran mercenarios profesionales.

El hombre que los seguía avanzaba a un paso cada vez más rápido. Helei echó otro vistazo atrás y sintió cómo se le anudaba la garganta.

—Va encapuchado —balbuceó.

—Lo sé, patrona.

Los dos continuaron caminando hasta llegar a una bifurcación que enfrentaba un edificio que hacía chaflán. Las pisadas ya no eran solo golpes secos; el crujir de las suelas de cuero contra el suelo revelaba que el hombre estaba a muy escasa distancia.

—Voy a encararlo en el cruce. Mantente detrás de mí y si hay pendencia no corras a no ser que me veas malherido.

—No sé quién es más confiado, si tú o ese tipo —protestó Helei.

—Dejé de ser confiado más o menos cuando dejé de ser fácil de matar. —Brieger le guiñó un ojo.

En cuanto llegaron a la intersección, Helei se adentró con rapidez en la callejuela de la izquierda. Brieger inspiró hondo y se dio la vuelta casi al mismo tiempo que desenvainaba. Una zancada le bastó para tener al hombre que les seguía al alcance de su acero.

—Creo que vas en la dirección equivocada, amigo —le espetó—. Esa capucha sin duda te resta visibilidad.

El individuo dio un paso atrás y se quedó quieto, con la mano derecha a poca distancia del puño de su espada. Era

alto y parecía fuerte, aunque no tanto como Brieger.

Desde la esquina, Helei presenciaba la escena aterrorizada. La figura de su guardaespaldas cubría por completo el acceso al callejón y el modo en que esgrimía el mandoble dejaba claro que era un experto en su manejo, pero aquel tipo no parecía intimidado en absoluto. Seguía allí, impasible, sin nada en su actitud que denotase el más pequeño indicio de temor.

El corazón de la prostituta empezaba a latir a una velocidad exagerada y su mente se estaba transformando en un mar de preguntas que trazaban bucles confusos. Pocos en Vardanire podían enfrentarse con éxito a Brieger. De entre ellos, los que trabajaban en las calles aún eran más escasos. ¿Se trataba de un asesino profesional? ¿Había llegado a oídos inadecuados aquello que con tanto celo trataba de ocultar? ¿Iba a morir esa noche? ¿Matarían también a sus hijas?

El miedo y las dudas desaparecieron en cuanto el encapuchado puso los brazos en jarra y dijo en tono burlón:

—Deberías afeitarte, Bri. Estás muy feo con esa barba.

Helei recostó la espalda contra la pared y se llevó la mano al pecho. Una vez se hubo asegurado de que su corazón seguía en el sitio, emitió un bufido de disgusto. Brieger, por su parte, envainó el mandoble aún más rápido de lo que lo había desenvainado.

—Mi... mi señor —balbuceó mientras sus mejillas enrojecían.

—Gracias al Grande que me has reconocido —dijo entre risas el recién llegado—. Medir aceros contigo nunca es plato de buen gusto.

Los dos hombres sonrieron a la vez y se dieron un enérgico apretón de manos.

—Hace tiempo te propuse reengancharte y servir con nosotros. —El encapuchado le dio una afectuosa palmada en el hombro—. Y me alegro de que no aceptases. Me re-

conforta saber que tu patrona lleva consigo una de las mejores espadas de Vardanire.

—El cumplido es doblemente halagador viniendo de vos, mi señor.

Brieger se hizo a un lado y le cedió el paso con una leve reverencia. El individuo avanzó hasta situarse frente a Helei, que se había cruzado de brazos y lo estaba apuñalando con la mirada.

—Cada día estás más guapa. Desde que te conozco ha sido así.

—¿Qué demonios quieres? —inquirió ella con voz agria.

—Verte.

—Creí que teníamos un acuerdo, Roth. Lo tenemos, de hecho.

—No incumplo ningún convenio. Ni estamos en tus habitaciones, ni vengo como amante.

—Precisamente no volver a verme es la parte fundamental del trato. No te das cuenta, ¿verdad? No eres capaz de entenderlo.

—Nadie me sigue, Helei. Nadie me ha seguido nunca.

Helei le dio la espalda en el mismo instante en que él se echaba atrás la capucha. No quería ver aquel pelo negro que había acariciado tantas veces.

—Solo cuando me veas muerta serás consciente de cuán imbécil puedes llegar a ser —comentó sin mirarlo.

—Partimos al alba, el regimiento al completo. No voy a entrar en campaña sin hablar contigo una vez más.

—Habla. Y cuando acabes de hablar, márchate.

—Dije que no venía como amante y mentí; no puedo ser otra cosa cuando estoy contigo. —Roth levantó las manos a modo de disculpa cuando ella le lanzó una mirada de odio por encima del hombro—. Pero en esta ocasión me mueve otro impulso. Y es tan lícito que tu opinión al respecto no cuenta.

—¿Otro impulso? Eres un niño. —Helei miraba al cielo con la sonrisa desdeñosa que solía emplear a menudo para

incomodarlo—. Un crío caprichoso alentado por eso que tú llamas «impulsos lícitos» y no son más que bobadas infantiles.

Esta vez Roth escuchaba las burlas sin mostrar el más leve signo de alteración. Sus ojos, por lo habitual esquivos en aquellas circunstancias, se mantenían clavados en ella. De repente, Helei sintió la necesidad de tocarlo; de besarlo y perderse en la calidez de sus abrazos. Se sorprendió al comprobar que no le costaba en absoluto dominarse. Cada vez le resultaba más sencillo hacerlo; tenía demasiado que perder.

—Sé mi esposa, te lo pido una vez más. Como hombre y como padre.

Al escucharlo pronunciar aquellas palabras la prostituta estuvo a punto de echarse a llorar. En lugar de eso soltó una carcajada que le sirvió para liberar una buena cantidad de dolor.

—¿Padre? ¿Como padre? ¡Por la polla del Grande!

Helei puso todo el énfasis que pudo en la blasfemia; tenía que conseguir que no la viera como una mujer y no conocía otro modo que dejar aflorar a la ramera.

—¿Tienes idea de cuántos visitan mi coño a la semana? —añadió—. ¿Qué te hace pensar que tu leche se impone a la de todos ellos? No sé quién es el padre de ninguna de mis hijas. Son cinco, Roth. Las dos mayores ya tienen las tetas más grandes que yo.

—Rínora y Ferinnia son también hijas mías. Los dos lo sabemos; puedes negarme muchas cosas, pero no esa.

—¿Y qué si lo fuesen? —Aunque Helei no era consciente, dos lágrimas habían conseguido abrirse paso y descendían a toda velocidad por sus pómulos—. ¿Y qué si fuesen hijas del mismísimo emperador? Seguirían siendo dos bastardas. Dos hijas de puta. ¡Madura de una vez, Roth! ¡Maldita sea!

—Sé mi esposa y mataré a cualquiera que se atreva a dirigirse a ti, a ellas o a sus hermanas en esos términos. Lo

juro.

—¿Ah sí? Me conmueves, Róthgert Dashtalian, pero si quiero matar a alguien no te necesito. Ya tengo a Brieger y sus chicos para eso.

El guardaespaldas carraspeó, incómodo. Había presenciado aquella escena varias veces pero esta era la primera en la que, de un modo u otro, lo involucraban.

Róthgert trató de abrazarla. Ella se revolvió y lo apartó de un empujón.

—¿Y qué hay de todas esas damas perfumadas que deambulan por los pasillos de tu Consulado? Esas que no necesitan más que miradas y sonrisas para herir. Esas que jamás admitirán a una zorra como igual y que conspirarán para convertir la vida de las niñas que llamas hijas en un infierno de vergüenza.

—No veo porqué habrían de hacer tal cosa.

—Lo harán por simple diversión, Róthgert, porque así funcionan las cosas en tu mundo. ¿También las matarás a ellas? ¿Matarás a tu propio pueblo, siempre dispuesto a gozar de un motivo de burla para contigo y tu familia de «bolsillos dorados»?

—Helei...

—Otros pondrían fin al dilema con menos muertos. Bastaría con degollarme a mí y a mis hijas, sin importar de quién más sean. ¿No te das cuenta, maldito idiota?

Por unos instantes no se escuchó más que el murmullo del agua corriendo por los canales del alcantarillado y, a lo lejos, el suave chirrido de un torno de alfarero. El silencio había vuelto a adueñarse de los callejones del Distrito de los Artesanos. Los pórticos de las ventanas en las fachadas de adobe permanecían cerrados, como párpados de madera en gigantescos rostros de piedra. En aquella zona de la ciudad los únicos testigos de lo que la noche deparaba eran las cucarachas y las ratas.

—Te amo, Helei, y también las amo a ellas. No voy a permitir que crezcan sin padre y rodeadas de... de...

—¿Rodeadas de qué?

Róthgert se tomó unos instantes para responder.

—De privaciones —dijo al fin.

—No les falta de nada; sus hermanas y yo ganamos suficiente dinero para asegurarnos de que así sea. Además...

—Helei hizo una pausa y reunió las fuerzas necesarias para lanzar el dardo definitivo—. No queremos compartir nuestras vidas contigo. Yo no te amo.

—Mientes.

La prostituta alzo la barbilla y lo miró a los ojos con una extraña mezcla de desprecio y dolor.

—Ya no necesito mentir, he conocido a otro —mintió—. Un hombre de mi mundo, con los pies en el suelo, que me da todo lo que tú puedas darme.

Helei retrocedió cuando Roth apretó los dientes y desenvainó su espada hasta media hoja. Brieger hizo lo propio al instante, se interpuso entre ambos y quedó atrapado en un cruce de miradas nerviosas y sentimientos encontrados. El amor y el odio estaban presentes pero era la amargura la que se imponía. El guardaespaldas sintió un alivio indescriptible cuando Róthgert Dashtalian envainó el arma, bajó la vista y la fijó en el suelo.

—De ser así algunas cosas cambian —reconoció con la voz quebrada—. Pero el hecho de que las niñas lleven mi sangre no está entre ellas.

—La única sangre que corre con certeza por sus venas es la mía —respondió Helei; los labios le temblaban—. Olvídame y pronto las olvidarás a ellas también.

Y sin esperar respuesta, le dio la espalda y se encaminó a zancadas calle abajo.

—Brieger, vamos —añadió sin volverse.

Brieger se acercó a donde Róthgert permanecía inmóvil, con los brazos caídos y la mirada perdida. Pese a su apostura y su linaje aquel hombre era la viva imagen de la desolación.